

el formalismo vacío que observa la realidad, es decir, el mundo exterior y finalmente reclama instrucción para la mujer, para la madre á cuyo cargo debe correr la primera educación de los niños. Uno de los postulados de Pestalozzi, el décimo primero, dice: «Las relaciones entre el maestro y el discípulo deben cimentarse en el amor. El noble y grande Scheilemacher cree

que el fin de un establecimiento educativo no es hacer aprender, para eso basta el libro y en ciertos respectos con ventajas, sino excitar en el joven una vida enteramente nueva y superior, un verdadero espíritu científico, cosa que jamás puede lograr la coacción... ni las prácticas exteriores por medios mecánicos.

LUIS FELIPE GONZÁLEZ

CRÓNICAS DE ARTE

“FINI TERRE”

Tengo á mi frente un cuadro de Sagristá—el rebelde artista catalán.

He puesto la mirada en él largo rato, sin lograr comprender el enigma de su simbolismo.

Ese cuadro me ha parecido ser un geroglífico escrito con tintas de sombra y reflejos de incendio, por los dedos aviesos de la muerte, sobre el blasonado portalón del castillo fantástico en que aloja sus huestes el Placer...

Hay en él lúgubres coloraciones, matices de neurosis, tonalidades difusas de insomnio, trazos desvaídos de agonía... y por múltiples resquicios esparcidos aquí y allá como para dar escape á hondos lamentos, brota verdosamente pálido el macabro rafaguear de la lascivia.

¡Extraño cuadro! Surgen entre un remolino gigantesco de llamaradas, negros hacinamientos de despojos salpicados de ceniza,—despojos que parece hubiera dejado allí, como símbolo de su memoria, la caravana del vivir.

Todo en ese cuadro es hórrido de modo deslumbrante. Hórrido lo blanco; hórrido lo negro; la sombra, la luz...

Destaca en el centro, augusta, egregia, imponente, soberana, una ondulante y alta figura de mujer, robada sin duda á la gallarda concepción del genio griego, que cubre su trágico ademán de vencedora con fulgente

brial sedño en que se agitan delirantes, extraños luminares de pedrería. Creeríase que la han trajeado los astros...! ¡Sus ojos! Sus enormes ojos fijos, diríase que son los ojos del mal, los ojos del odio, los de la traición, los punzantes ojos de la perfidia. Semejan criptas de oro que irradiaran luz violada. Semejan misteriosos surtidores de veneno; leyendosos filtros de augur. Brillan con terrífica intensidad en que se retuerce el fulgor siniestro de los puñales. Son enormes ojos lésbicos, ojos de fiebre, ojos mortales.

Al pie de esa mujer,—de ese monstruo, acaso,—revuélvese con dolorosa y gemidora lentitud un puñado de hombres desnudos, pálidos, flácidos, mordidos por la estenuación, llenos de manchuelas de bilis, cuyo aspecto evoca un festín de gusanos hartos de purulencia. Uno de ellos, poseído de eléctrica fruición, de espantoso delirar, hipnotizado, se abraza á los pies de la mujer. Es la ansiedad misma entregándole su amor al mal. Es la voluptuosidad besándose con la muerte. Es la desesperación clavándose una daga.

Acodado sobre el hombro de mármol de la mujer, un esqueleto de amatista encaperuzado de sombras, yergue su silueta de terror.

Y en el fondo, hacia lo alto, sobre un cielo de opaco zafiro con ligeras